

Q7297
V554
07

STONINGTON BRIDGE 1842

PO
• V
07



1020006314



278

7842

LIC. IGNACIO HERRERA TEJEDA

ORACION



104305



ORACION

QUE EN LA AULA GENERAL DE LOS COLEGIOS
DE S. IGNACIO Y S. FRANCISCO JAVIER
DE ESTA CIUDAD

PRONUNCIO

LA NOCHE DEL 25 DE AGOSTO
EN LA FUNCION DE PREMIOS

EL SR. RECTOR Y CATEDRATICO DE JURISPRUDENCIA

Lic. D. José Ignacio Villaseñor

DIPUTADO A LA EXMA. JUNTA CONSTITUCIONAL

JUEZ DE LETRAS Y DE HACIENDA

de este Departamento.

Publicánla sus Discipulos y varios particulares,

QUERETARO 1842.

Imprenta del c. Agustín Escandón.

FONDO
LIC. IGNACIO HERRERA TEJEDA. IG BIAHIBEE

PQ 7297
.V554
07

ORACION

QUE EN LA AULA GENERAL DE LOS COLEGIOS
DE S. IGNACIO Y S. FRANCISCO JAVIER
DE ESTA CIUDAD

PROMOVIO
LA NOCHE DEL 25 DE AGOSTO
EN LA FUNCION DE PREMIOS

EL SR. RECTOR Y CATEDRATICO DE JURISPRUDENCIA
D. D. José Ignacio y de los Caballeros
DIPUTADO A LA EXMA. JUNTA CONSTITUCIONAL

JUZ DE LETRAS Y DE HACIENDA
de esta Intendencia



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ



Si fuera mi objeto en esta noche augusta describir las bellas acciones del G. Alejandro si cantar de mi Patria las glorias como el famoso Español las de las suya; allá en los confines Araucanos; si dibujar las batallas y cuadros sorprendentes, que con asombro ha visto el orbe entero. todo ello, es cierto, daría la materia con que elogiar el valor mas acendrado, el civismo mas puro, el mérito mas positivo; pero es verdad tambien que para esto, sería necesario tropezar antes con cadáveres, con blancos cráneos, que representan la muerte del que allí fué vivo, pisar sangre y sangre inmortal de aquellas victimas que con su sacrificio enseñaron, hasta donde obliga el amor á la patria y el blason de los Campeones. ¡Lejos de eso! Cuadro tan tático, imágenes, que afectan justamente la sensibilidad, en esta ocasion yo no debo presentaroslas. ¡Sombras augustas perdonad mi silencio, quedaos por ahora, allá, en vuestra mansion solitaria y con todo el mérito de que sois dignas!

Desviandorlos Señores de ese camino que trae gloria; pero que es preciso confesar, que tambien inspira horror, solo vendré yo á ser el pobre y miserable lazarillo que guie á aquel magestuoso

Templo sobre cuyo piso de marmol bruñido, cargan las innumerables columnas de hermoso ametista, que con su chapitel de oro brillante, sostienen las bien trazadas cornizas de verde esmeralda sobre las que descansa el diafano pavimento de cristal puro, y bajo el cual se encuentra el alto y perfumado trono de la excelsa sabiduría. A ese templo entramos, y si os figurais ya lo delicado de su estructura, avanzémos Señores hasta la eburnea grada contemplando de cerca, no ya las ricas materias del sumptuoso alcázar, ni el gusto refinado del artifice: despreciémos por un momento los divinos artefactos que constituyeron la inmortalidad de Apeles, démos por vistas aquellas imágenes que formó la muy diestra mano de Alcámenes y cuya musculatura tan perfectamente delineada, á la vista del hombre, va á dár ya el movimiento, que solo tiene el que aun no visita la tumba ¡Autor atrevido, que parece disputó á la sabia naturaleza la perfectibilidad de los cuerpos! . . . Pero como deciamos, todo dejemoslo y nuestra contemplacion sea solamente, aquel sólio hermoso en que esa Señora con su belleza, afabilidad y dulzura, llama así á cuantos la ven sin desprecio, con tanta ó mayor fuerza, que el imán se atrae al acero.

Sentada bajo sus ricos tapizes, no la rodean ni el mortífero cañon, ni la aguda pica, ni la sangrienta espada: se acompaña solo de geniecillos hermosos cuyas cabelleras de oro, adornan sin mas, sus desnudos cuerpecitos blancos como el estuco.

El libro que uno le presenta, ella lo recibe y signa con sus labios, este es sin duda el de la filosofia, aquel, trae la esfera á la que el astrónomo para su estudio hace bajar los astros mismos, otro, á la balanza acompaña, la afilada cuchilla y el ramo verde del laurel, significando así la virtud aquella, que dá y comparte á cada uno, lo que es de cada cual: este otro, se empeña en presentar á su vista un lienzo lleno de manchas; pero en las que está descrito el mundo entero. Todos, todos á porfia parecen empeñados en complacer con esas dádivas, por que saben bien, que ante aquella ára es el mejor holocausto; pero otro por último, suspenso en el aire, blandiendo sus alillas, y como llamando la atencion, se ocupa solo, en designar con su indice los caracteres de oro, que entre jasmínes y amaranto forman la guirnalda hermosa que orla las sienes de aquella divinidad. Leamos, bien claramente dicen. „Son las ciencias, la grandeza verdadera de los hombres.” Y así es, verdad pura, evidencia incontestable, que para crérselo, necesita solo ser oída.

Es cierto, que próvida la naturaleza y como empeñada, no

solo en manifestar la grandeza de un Dios criador, del ser incomprendible; sino en proporcionar al hombre cuanto fuera necesario para su conservacion y recreo, le presenta en demasia, los frutos ópimos, las dulces aguas, los exquisitos aromas, las bellas flores, los esmaltados campos, las piedras preciosas, la plata, el oro puro; pero el hombre formado á la imágen y semejanza de una divinidad perfectísima, no se contenta, há menester otra cosa muy superior para su complacencia: así es, el conocimiento de todos esos dones, se lo escigen con vivo imperio aquellas potencias de que fué dotado; pero éste conocimiento, ésa perfeccion y cultivo de la parte superior del hombre, que lo distingue del bruto, se pretendería envano sin recurrir á la fuente, esto es: sin recurrir á las ciencias, que forman su grandeza verdadera.

No busquémos mas razones para convencer esta verdad, que los irrefragables argumentos que ministra una antigua y universal experiencia. Llenas, llenas están las páginas de la historia de innumerables hechos, que lo compruevan. El Egipto, la Grecia, Roma. . . los pueblos todos del Oriente y del Ocaso, celebran aun la memoria de los hombres ilustres por sus ciencias.

Sobre ochenta y seis lustros, poco mas ó menos, despues de aquellos dias terribles y de fatál memoria, en que rotas las catarátas de los cielos, no se veía sino el justo enojo de la Divinidad, el agua y los mortíferos rayos. Los Egipcios aparecen ya siendo los primeros sabedores, no solo de los principios conducentes á un buen gobierno; sino de la eficacia de la virtud para la segura consolidacion de los pueblos, y por eso su primer cuidado era, despues de inspirada conservarla. Los astros, las antorchas luminosas de la celeste esfera, aguardaron la ecsistencia de los sabios del Egipto para dar á ellos el privilegio de que observáran su curso. La aritmetica, si es cierta la hypotesis de Platon, ellos fueron asimismo los primeros que contaron: ellos igualmente descubrieron aquel año grande que vuelve todo el Cielo á su primer punto: ellos por fin, si no dieron el invento, cuando menos la perfeccion á aquella ciencia que proporciona la salud y conserva la vida.

¿No sería esto lo bastante para tributar á esos hombres el homenaje que ecsige la justicia, para levantar el incienso oloroso hasta sus altares y para obligárnos á una memoria afectuosa y agradecida? . . . Si; pero para el completo de un tributo de honor á esos seres privilegiados, dirémos por último, que los primeros depositos sagrados de donde el alma podia surtir los deseos de su racionalidad, de donde tomára el balsamo preciosísimo de su ilustra-